Thornton W. Burgess

Mamá Viento del Oeste

Traducción de Raquel García Rojas

Ilustraciones de Raquel Lagartos

hojalatinos

Mamá
Viento
del
Oeste

Thornton W. Burgess

Mamá Viento del Oeste

Traducción de Raquel García Rojas
Ilustraciones de Raquel Lagartos

hojalatinos

Hojalatinos, 2

Título original: Old Mother West Wind
Primera edición en Hoja de Lata: octubre del 2026

© Thornton W. Burgess, 1910
© de la traducción: Raquel García Rojas, 2026
© de las ilustraciones interiores y de cubierta: Raquel Lagartos, 2026
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2026

Hoja de Lata Editorial S.L.
Camino del Lucero, 15, bajo izquierda, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Iván Cuervo
Texto adaptado por Hoja de Lata Editorial S. L.

ISBN: 979-13-87554-48-4
Depósito legal: AS 02046-2026
Impreso y encuadernado en Imprenta Kadmos, Salamanca [España]

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

Arte ético y responsable. Las imágenes que componen esta obra han sido creadas sin utilizar herramientas de Inteligencia Artificial Generativa.

Que no te den *datos* por libros.
Por una traducción humana.

Este pequeño volumen está dedicado, con mucho cariño, a mi madre, a quien tanto le debo, y a mi hijito, cuyo amor por los cuentos ha inspirado estas historias.

Índice

1. El huevo moteado de la señora Zorzal Alirrojo 11
2. Por qué el abuelo Rana no tiene cola 18
3. Cómo Reddy Zorro se llevó una sorpresa 25
4. Por qué Jimmy Mofeta tiene rayas 33
5. La brisita testaruda 44
6. Reddy Zorro se va de pesca 51
7. Jimmy Mofeta busca escarabajos 59
8. El concurso de natación de Billy Visón 66
9. Peter Conejo gasta una broma 74
10. Cómo pillaron a Sammy Arrendajo 82
11. La fiesta de Jerry Ratón Almizclero 92
12. Bobby Mapache y Reddy Zorro gastan bromas 98
13. Johnny Marmota encuentra lo mejor del mundo 108
14. El tobogán de la pequeña Joe Nutria 116
15. El gran susto de Tommy Trucha, que no hacía caso 123
16. Spotty Tortuga gana una carrera 128

Capítulo 1

El huevo moteado de la señora Zorzal Alirrojo

Mamá Viento del Oeste bajaba desde las Colinas Púrpuras a la luz dorada del amanecer. A los hombros llevaba colgado un saco —un saco enorme— donde iban todas sus hijas, las alegres brisitas.

Mamá Viento del Oeste bajaba desde las Colinas Púrpuras hacia los Prados Verdes y, mientras caminaba, canturreaba una canción:

«Los barcos me esperan en el océano;
¡debo darme prisa, rápido!
Los molinos están ociosos si llego tarde; ¡debo darme prisa, rápido!».

Cuando llegó a los Prados Verdes, mamá Viento del Oeste abrió el saco, lo volcó y lo sacudió. Y allí salieron disparadas todas las alegres brisitas y empezaron a dar vueltas y vueltas de pura alegría, porque claro, iban a quedarse en los Prados Verdes todo el día, hasta que mamá Viento del Oeste regresara por la noche y las llevara de vuelta a su hogar, detrás de las Colinas Púrpuras.

Primero corrieron a ver a Johnny Marmota. Lo encontraron sentado junto a su puerta, desayunando. Una, por pura travesura, le arrebató de la boca la hoja verde de maíz que se estaba comiendo y se la llevó volando. Otra, juguetona, le tiró de los bigotes, mientras que una tercera le alborotó el pelo.

Johnny Marmota fingió estar muy enfadado, pero lo cierto es que no le importaba en absoluto porque le encantaban las alegres brisitas y jugaba con ellas todos los días.

Además, aunque a veces lo chincharan, también eran buenas con él. Cuando veían que el granjero Brown cruzaba los Prados Verdes con su escopeta, una de ellas se acercaba bailando a Johnny Marmota y le susurraba que el granjero Brown iba hacia allí, y entonces Johnny Marmota se escondía en lo más profundo de su acogedora casita bajo tierra y el granjero Brown se preguntaba una y otra vez por qué nunca jamás conseguía acercarse lo suficiente para pillarlo. Pero nunca jamás lo lograba.

Cuando las alegres brisitas se despidieron de Johnny Marmota, corrieron por los Prados Verdes hasta la Charca Sonriente para darle los buenos días al abuelo Rana, que estaba sentado sobre un gran nenúfar al acecho de alguna mosca para desayunar.

—**¡Croacaglum!** —dijo el abuelo Rana, pues era su forma de dar los buenos días.

Justo en ese momento se acercó una mosca rechoncha y verde y el abuelo Rana pegó un brinco. Cuando volvió a sentarse sobre el nenúfar, ya no se veía por ninguna parte a la mosca rechoncha y verde, pero el abuelo Rana parecía muy satisfecho mientras se frotaba con una mano, complacido, el chaleco blanco.

—¿Qué novedades hay, abuelo Rana? —exclamaron las alegres brisitas.

—La señora Zorzal Alirrojo tiene un nuevo huevo moteado en su nido, entre los juncos —dijo el abuelo Rana.

—¡Tenemos que verlo! —exclamaron las alegres brisitas, y se fueron todas corriendo hacia el pantano donde crecen los juncos.

Pero alguien más había oído hablar del precioso nido que la señora Zorzal Alirrojo tenía

entre los juncos y había salido muy temprano esa mañana para buscarlo, pues quería robar los pequeños huevos moteados solo porque eran bonitos. Era Tommy Brown, el hijo del granjero.

Cuando las alegres brisitas llegaron al pantano donde crecen los juncos, encontraron a la pobre señora Zorzal Alirrojo muy angustiada. Tenía miedo de que Tommy Brown encontrara su preciado nido, pues estaba muy muy cerca y tenía la vista muy muy aguda.

—**¡Ay!** —exclamaron las alegres brisitas—, ¡tenemos que ayudar a la señora Zorzal Alirrojo a salvar sus preciosos huevos moteados del malvado Tommy Brown!

Así que una de las alegres brisitas le arrebató de golpe el viejo sombrero de paja a Tommy Brown y lo lanzó hacia los Prados Verdes. Por supuesto, Tommy corrió tras él. Y justo cuando se

agachaba para recogerlo, otra brisita se lo llevó volando. Entonces se fueron turnando: primero una brisita y luego otra salían corriendo con el viejo sombrero de paja justo cuando Tommy Brown estaba a punto de alcanzarlo. Pasaron a toda velocidad por la Charca Sonriente y cruzaron el Arroyo Risueño lanzándose el viejo sombrero de paja mientras Tommy Brown corría tras él, muy enfadado, con la cara muy roja y casi sin aliento. Cruzaron los Prados Verdes y corrieron hasta la linde del bosque, donde colgaron el viejo sombrero de paja en medio de un espino. Para cuando Tommy Brown volvió a ponérselo en la cabeza, ya se había olvidado por completo de la señora Zorzal Alirrojo y su querido nido. Además, justo en ese momento oyó sonar la corneta que anunciaba el desayuno, así que se puso en marcha hacia su casa por el Sendero Solitario a través del bosque.

Y entonces todas las alegres brisitas cruzaron bailando los Prados Verdes hasta el pantano donde crecen los juncos para ver el nuevo huevo mo-

teado en el precioso nido donde la señora Zorzal Alirrojo cantaba de alegría. Y mientras ella cantaba, las alegres brisitas bailaban entre los juncos, pues sabían, y la señora Zorzal Alirrojo también lo sabía, que algún día, de ese bonito huevo moteado, saldría un pollito de zorzal alirrojo.

Capítulo 2

Por qué el abuelo Rana no tiene cola

Mamá Viento del Oeste se había ido a trabajar mientras dejaba a las alegres brisitas jugando en los Prados Verdes. Habían jugado al pillapilla con las abejas y al escondite con los rayos del sol y luego se habían reunido alrededor de la Charca Sonriente, donde, sobre un nenúfar verde, estaba sentado el abuelo Rana.

El abuelo Rana era viejo —muy viejo, de hecho— y muy muy sabio. Llevaba una chaqueta verde y tenía la voz muy grave. Cuando el abue-

lo Rana hablaba, todos lo escuchaban con mucho respeto. Incluso Billy Visón trataba al abuelo Rana con respeto, pues ni su padre ni el padre de su padre podían recordar un tiempo en el que el abuelo Rana no estuviera sentado en el nenúfar al acecho de moscas verdes.

En la Charca Sonriente estaban algunos de los tataratataranietos del abuelo Rana. Aunque uno no sabría que eran sus nietos a menos que alguien se lo dijera. No se parecían en nada al abuelo Rana. Eran redondos y regordetes y tenían colas largas y los llamaban renacuajos.

—Abuelo Rana, dinos por qué ya no tienes cola como cuando eras joven —suplicó una de las alegres brisitas.

El abuelo Rana atrapó al vuelo una incauta mosca verde y se acomodó en su gran nenúfar mientras las alegres brisitas se reunían a su alrededor para escuchar.

—Hace mucho tiempo —comenzó el abuelo Rana—, las ranas gobernaban el mundo, que era mayoritariamente agua. Había muy poca tierra firme, ¡sí, muy poca, de verdad! No había niños que tirasen piedras ni visones hambrientos que se zamparan a los imprudentes renacuajos que tomaban el sol.

Billy Visón, que se había unido a las alegres brisitas y estaba escuchando, se revolvió inquieto y apartó la mirada con aire culpable.

—En aquellos días, todas las ranas tenían cola, largas y hermosas colas de las que estaban muy muy orgullosas —continuó el abuelo Rana—. El rey de todas las ranas era el doble de grande que cualquier otra rana y su cola era tres veces más larga. Estaba muy orgulloso, sí, orgullosísimo de su larga cola. Solía sentarse a admirarla y hasta llegaba a pensar que nunca había habido ni po-

dría haber otra cola como aquella. Solía moverla de un lado a otro en el agua y, cada vez que la movía, todas las demás ranas exclamaban: «**¡Caramba!**» y «**¡Hala!**». El rey se volvía más vanidoso cada día. No hacía nada más que comer, dormir y admirar su cola.

»Entonces, todas las demás ranas empezaron a hacer lo mismo que el rey, así que al poco tiempo ninguna de las ranas hacía nada más que sentarse a comer, dormir y admirar su propia cola y la del rey.

»Ahora bien, cuando la sabia Dama Naturaleza vio lo holgazana que se había vuelto la tribu de las ranas, llamó al rey Rana ante ella y le dijo: «Como no piensas en nada más que en tu hermosa cola, te la quitaré. Como no haces más que comer y dormir, la boca se te ensanchará como una puerta, se te pondrán los ojos saltones y se te arquearán las patas».

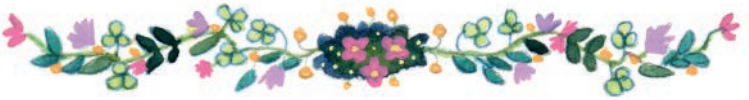
»El rey Rana observó su hermosa cola y ya le parecía que se había acortado. Volvió a mirar y estaba aún más corta. Cada vez que miraba,

su cola se había acortado y encogido. Al poco, cuando miró, no quedaba nada más que un pequeño muñón que ni siquiera podía mover. Entonces, incluso eso desapareció, los ojos se le volvieron saltones y la boca se le hizo cada vez más grande.

El viejo abuelo Rana se detuvo y miró con tristeza a una incauta mosca verde que se le acercaba.

—**¡Croacaglum!** —dijo el abuelo Rana al tiempo que abría mucho la boca y daba un salto en el aire. Cuando volvió a sentarse en su gran nenúfar, la mosca verde ya no se veía por ninguna parte. El abuelo Rana chasqueó los labios y continuó—: Y desde aquel día hasta hoy, todas las ranas nacen con una gran cola y, a medida que crecen más y más, la cola se les hace más y más pequeña, hasta que finalmente desaparece y, entonces, recuerdan lo absurdo e inútil que es va-

nagloriarse de lo que la naturaleza nos ha dado. Y así —concluyó el abuelo Rana— es como perdí la cola.

—¡Gracias! —exclamaron las alegres brisitas—. No lo olvidaremos.

Entonces hicieron una carrera para ver quién llegaba antes a la casa de Johnny Marmota y le decía que el granjero Brown se acercaba a los Prados Verdes con una escopeta.